

Ana.—Si, señora; yo os prometo  
Que nunca saldrá de mí.  
Her.—Conoceré á mi rival;  
Aunque más bien prefiriera,  
Por Dios, que de otra manera.....  
Ana.—Callad, callad: ya está aquí.

ESCENA IV.

Dichos, EL DUQUE, JORGE.

Duque.—Estoy empapado, Jorge.  
Qué tempestad!  
Jorge.— Estupenda.  
Duque.—¿Quién es este hombre, señora?  
Sofía.—Un peregrino que llega  
De Palestina: pasaba  
Por aquí cuando más recia  
La tempestad desplegaba  
Su furor; y yo las puertas  
Del castillo mandé abrir.  
Her.—¿Es la señora tan buena!  
Duque.—¿Y qué cosa habeis traído  
De allá? Relaciones nuevas  
De batallas, y reliquias  
De aquella bendita tierra.  
Her.—Si, señor duque.  
Duque.— Los niños  
Y las mujeres encuentran  
Gran diversión en oiros:  
Contais cosas que las llenan  
De admiración, y en verdad

Os sale muy bien la cuenta,  
Pues así pasais la vida  
Sin trabajar; os respetan,  
Os hospedan, os regalan,  
Y os oyen como si oyeran  
Un oráculo: en verdad  
Es una vida muy buena.  
En fin; llegad en buen hora.  
¿No habeis mandado, duquesa,  
Que le den alguna cosa  
A este anciano?  
Her.— Yo á las puertas  
Del castillo no he llamado  
Para recibir afrentas,  
En cambio del pan que sobra,  
Señor duque, en vuestra mesa.  
Jorge.—¿Así respondes al duque?  
¡Insolente! todos tiemblan  
Aquí de su enojo.  
Duque.— Basta:  
Yo le perdono.  
Her.— ¡Ah! pudiera....  
Mas un soldado de Cristo,  
Que por su gloria pelea,  
Debe reunir, señor duque,  
A su valor la paciencia.  
Busqué un asilo entretanto  
Que pasaba la tormenta:  
Ha calmado ya: las gracias  
Recibid, ¡oh joven bella!  
Voy á seguir mi camino,  
Señor, con vuestra licencia.  
Sofía.— (A Ana).  
Conduce á ese peregrino.

Duque.—Id con Dios.  
 Her.— (Que su promesa  
 No olvide vuestra señora.  
 Arrojadme por la reja  
 La llave del parque.)  
 Ana.— Sí.  
 (Vase, y Hermán.)  
 Vamos, Jorge nos observa  
 Sofía.— (Ya era tiempo, que su arrojó  
 Temblé que le descubriera.)  
 Adiós, duque: Dios os guarde.  
 Duque.—Dormid bien, bella duquesa.  
 (Vase, Sofía.)

ESCENA V.

EL DUQUE, JORGE.

Jorge.—¿Observasteis, señor?  
 Duque.— ¿Qué?  
 Jorge.— Vuestra esposa  
 ;Qué abatida y qué pálida se hallaba/  
 Cuando entramos aquí! y el peregrino...  
 Su ademán altanero, sus palabras...  
 No sé, pero se oculta algún misterio.  
 En ese hombre, señor. Como clavaba  
 En vos sus ojos, que brotaban fuego.  
 O mis sentidos esta vez me engañan,  
 O he visto en la duquesa algunas señas  
 De inteligencia.  
 Duque.—¿Desdichado! ;calla!  
 ;Qué osas tú sospechar?  
 Jorge.— Perdón os pido.

Mas recordad que la duquesa amaba  
 A un tal Hermán, que estaba en Palestina,  
 Antes que vuestra esposa se llamara.  
 Duque.—¿Y qué?  
 Jorge.— De la duquesa ví en el rostro  
 De un reciente dolor señales claras,  
 Y ví que había en sus hermosos ojos  
 Una gota de llanto.  
 Duque.— Y bien, acaba.  
 Jorge.—Ese anciano tal vez alguna nueva  
 De su amante le trajo... ó se ocultaba  
 Bajo el disfraz del viejo peregrino  
 El mismo Hermán.  
 Duque.— ¿Qué dices? ;Desgraciado!  
 ;Jorge! ;si fuese cierto!... No es posible.  
 ;Qué mortal es capaz de tanta audacia?  
 ;En mi propio castillo, en mi presencia!  
 ;Oh! ;no es posible!  
 Jorge.— Parecióme que Ana  
 Con él hablaba al tiempo que salía.  
 Duque.—Pues bien: sigue al instante sus  
 (pisa las;  
 Observa si se aleja del castillo,  
 O en qué lugar cercano se recata:  
 Vuela, Jorge. ;Si fuere...! Jorge, escucha:  
 Si es él...si se detiene... Observa; nada  
 Le digas tú... Ven luego á mi presencia,  
 Que tal temeridad, audacia tanta,  
 De que ejemplo no ha habido en mis domi-  
 (nios,  
 A mí mismo me toca castigarla.  
 Jorge.—Se hará como mandais.  
 Duque.— ;Tiembla, Sofía!  
 ;Tiembla si eres infiel, desventurada!